rrecerá al uno y amará al otro, o sufrirá al uno y no hará caso del otro. Y sin que falte esta verdad (como no puede faltar) vemos que sufre el indio a un grande número de mandones, sin saberse quejar ni chistar, ni murmurar, llevándolo todo con igual voluntad como si fuese obligado a todo.

También se prueba su paciencia en la facilidad con que perdonan las injurias y ofensas. Ninguno de ellos habrá sido tan ofendido que con mediana persuasión de un sacerdote deje de perdonar luego al que le ofendió. En la paciencia y conformidad con la voluntad de Dios con que mueren, quisiera alargarme un poco por ser muy notable y ejemplar para los cristianos viejos, y no puedo, por ir tan largo este capítulo; basta decir que ninguno de ellos muere con la inquietud y pesadumbre que muchos de los nuestros, mostrando alguna impaciencia, o que le pese de morir, sino con muestras de contento de que se cumpla en ellos la voluntad de Dios; y así lo responden de palabra al confesor o a otro que los quiere en aquel paso consolar, diciendo: Padre, ¿ya no sabemos que hemos de morir? Por ventura ¿es perpetua nuestra morada en la tierra? ¿No hemos de ir este camino cuando nuestro señor Dios fuere servido? Aquí estoy, hágase su santa voluntad. Y no sólo a grandes, sino también a niños me ha acaecido oír en aquel paso cosas que me dejaban admirado y enternecido de gozo, porque me parecía que los veía ir volando al cielo; y la razón porque en este caso nos hacen ventaja, es por estar ellos más despegados de los bienes y cosas de la tierra, y tener en el corazón más impresa la memoria de la brevedad de la vida.

CAPÍTULO XI. *De los beatos de Chocamán, y de otros indios que se han señalado recogiéndose en la religión*

OCTRINA ES DE EL BIENAVENTURADO APÓSTOL San Pablo, escribiendo a los romanos[1] (muy diferente de la que nosotros platicamos), que para con Dios y ante su divina presencia, no hay diferencia del judío al griego, ni del bárbaro al scita, ni del español al indio; porque él es criador y señor de todos, y tan rico y poderoso para el uno como para el otro, y obra en el uno, así como en el otro, cuando lo llama e invoca su santo nombre, y el mismo Señor nos lo dijo más breve:[2] El Espíritu Santo, adonde quiere, y en quien quiere expira e inspira buenos deseos y santos propósitos. Digo esto porque con ser los indios tan bajos y despreciados, cuanto algunos los quieren hacer, ha habido muchos de ellos que han mostrado muy de veras en sus obras el menosprecio de el mundo y deseo de seguir a Jesucristo, con tanta eficacia y con tan buen espíritu, cuanto yo pobre español y fraile menor quisiera haber tenido en el seguimiento de la vida evangélica que a Dios profesé. De estos muchos traeré a consecuen-

[1] Ad Rom. 10.
[2] Ioan. 3.

cia algunos para que confusos de su ruin vida, comparada a la de éstos, se vayan a la mano los que se precian de apocar y abatir y maldecir los indios.

A un indio, natural de la ciudad de Cholulla, llamado Baltasar, comunicó nuestro Dios tan buen espíritu, que no se contentó con procurar de salvar su sola ánima, sino que anduvo allegando por los pueblos circunvecinos, como son Tepeaca, Tecali, Tecamachalco y Quauhtinchan, los indios que pudo atraer a su opinión y devoción; y habiendo buscado en todas las sierras que caen detrás del Volcán y Sierra Nevada de Tecamachalco, lugar cómodo y aparejado para lo que pretendía (que era tener quietud para darse a Dios en recogimiento y vida solitaria, sin ruido) los llevó a los que tenía persuadidos y lo quisieron seguir con sus mujeres e hijos (los que los tenían) a un asiento cual deseaba entre dos ríos, que salen de la misma Sierra Nevada, el uno grande y le otro pequeño; el grande lleva una espantable barranca, que para bajar a ella, desde el sitio que Baltasar escogió, no pueden sino por escaleras de madera. En este lugar hizo una poblazón de hartos vecinos, a la cual puso por nombre Chocamán, que quiere decir lugar de lloro y penitencia, y púsolos en muy buenas costumbres, haciendo de común consentimiento ciertas ordenanzas y leyes, de cómo habían de vivir y lo que habían de rezar; y finalmente, el modo de cómo en todas las cosas se habían de haber, que si como yo escribo esto ahora, para haberlo de imprimir, se acordara en los tiempos pasados de escribirse, se hubiera sabido todo y se hubiera puesto por extenso. Sólo se sabe, por relaciones breves antiguas, que dieron estos indios grande olor de buena fama, por donde los llamaron beatos, y que fue mucho su recogimiento y mortificación; tanto, que las mujeres, por ninguna vía ni causa, miraban a la cara a algún hombre. El padre fray Juan de Ribas (uno de los doce primeros) fue muy aficionado a estos indios y los iba a consolar y esforzar muchas veces, y con su calor se alentaron y sustentaron en el rigor de penitencia y santas costumbres que habían comenzado; y aunque ellos pidieron en los capítulos algún religioso, o un par de ellos que los tuviesen debajo de su amparo y doctrina (porque con la mudanza del tiempo no desmayasen), no hubo efecto su petición porque en aquella sazón había otros pueblos grandes que anhelaban por lo mismo y no lo alcanzaban; de suerte que entrando un padre clérigo por beneficiado de otros pueblos de aquella comarca, por cercanía, los redujo a su cargo habrá cuarenta años o poco menos; y a esta causa no sabemos en qué han parado y lo más cierto será que habrán vuelto al modo común de los indios.

Los frailes de nuestra orden hemos usado recibir por donados o a manera de ellos algunos indios que se aplican a vivir entre nosotros, sin quererse casar, sino servir en nuestros monasterios como los frailes legos. Estos donados son de solo nombre porque no hacen voto, ni se obligan a cosa alguna, ni la orden a ellos, más de que se les da una túnica parda, con que andan vestidos y ceñidos con cuerda como la de los religiosos; y si aprueban bien perseveran en el monasterio y si no vuélvense al siglo.

Los padres antiguos, primeros evangelizadores en esta nueva iglesia, comenzaron a recibir algunos indios en esta forma de hábito de donados, y

se hallaron bien con ellos. Entre otros que recibieron fueron dos hermanos de la provincia de Mechoacán, llamados el uno Sebastián y el otro Lucas. Este Lucas hizo milagros (o Dios por él) tan dignos de memoria como algunos frailes que en nuestra reputación son tenidos por santos; porque ellos fueron ejemplarísimos en su vida, muy abstinentes, penitentes, devotos, grandes predicadores en su lengua tarasca y en la mexicana; y aun entiendo que supieron otras lenguas de los bárbaros chichimecas, porque anduvieron entre ellos en compañía de religiosos y entraron muchas leguas la tierra adentro, entre los infieles, ofreciéndose a morir de muy buena gana en sus manos, por amor de Jesucristo y por el celo de la salvación de sus almas. Estos dos indios, aunque no eran profesos, fueron siempre tenidos en reputación y estimación de frailes, por su mucha virtud y méritos; y cuando murieron se les hicieron los oficios y sufragios, como si fueran frailes profesos.

En lo de Xalisco hubo también otro indio, natural de Tochpa, llamado Juan, que había sido mercader, mozo de muy buena gracia y gentil hombre, por lo cual le salieron muchos casamientos; mas él, teniendo propósito de guardar castidad, rogaba a nuestro Señor que le diese gracia de servirle en continencia y que si su majestad fuese servido, le diese alguna enfermedad por donde le dejasen en paz sus parientes y no tratasen de casarlo. Oyó el Señor sus oraciones y diole una enfermedad en la garganta, de la cual quedó muy feo, y así lo dejaron de importunar y él hízose donado nuestro. Y un religioso, gran siervo de Dios, que lo tuvo por compañero, estando ambos solos en una casa, certificó que se hallaba avergonzado y confuso en ver los ejercicios de oración mental y disciplinas y otras buenas obras que aquel indio hacía.

Otro indio donado hubo en el convento de San Francisco de la ciudad de los Ángeles, que se llamaba Benito, el cual estuvo en aquel convento por muchos años, y en cosas de limosnas ordinarias era todo el crédito de él; y tanto que si iba por cualquier cosa que suele menester para la casa, no era necesario llevar dinero, porque todo se le daba a la fianza de su sola palabra; y era muy provechoso porque era el limosnero y recogía muy cumplidamente todo lo necesario para los religiosos; era hombre de muy ejemplar vida; era penitente, ayunador y muy pobre; tenía un aposentillo debajo de una escalera, junto de la cocina y allí dormía y hacía muchas y muy largas disciplinas y muchas veces se le apareció el demonio; algunas se oyó estar luchando con él, porque como enemigo de la virtud, trabajaba por apartarse de ella. Murió muy cumplido de años en su última vejez y fue sentida su muerte como de hombre que tanta falta hacía al servicio del convento y regalo de los religiosos que todos le tenían por padre; hízosele un solemnísimo entierro, con el mismo oficio que si fuera profeso y de muchos merecimientos en la religión; pusímoslo en las andas (que yo me hallé presente) con muchas flores y una palma en las manos y corona de rosas en su cabeza, porque no solamente era hombre bendito, sino que también se reverenciaba su persona por hombre limpio y observante en su pureza y virginidad.

Otros donados hemos tenido y tenemos al presente muy buenos hijos, trabajadores y ejemplares, y entre ellos otro Juan como el pasado, que si todos los frailes fuésemos tan celosos de las cosas de la religión y tan observantes de lo que prometimos, como él (aunque no lo prometió) resplandecería la orden de San Francisco en el mundo más y, por ser vivo, no se especifica quién es y dónde al presente está.

CAPÍTULO XII. *De otros indios que han dado ejemplo de mucha edificación*

POR NO DEJAR OTROS BUENOS EJEMPLOS que se me han ofrecido, y por no hacer muy largo el capítulo pasado, acordé hacer otro de esta materia, que placiendo a Dios será más breve, si la razón no me obligare a ser más largo. Un mancebo, llamado don Juan, señor principal y natural de un pueblo de la provincia de Mechoacán, que en aquella lengua se llama Tarequato (como criado en la escuela de los religiosos), supo muy bien leer, y leyendo la vida de el glorioso padre San Francisco, que en aquella su lengua estaba traducida, vino en él tanta devoción y compunción y tan ferviente espíritu, que muchas veces y con muchas lágrimas hizo voto de vivir en el hábito y vida que mi padre San Francisco instituyó; de donde se colige cuán bueno y santo es leer libros buenos y las vidas de los santos, y cuán perjudicial y malo leer los de caballerías, pastoriles y profanos, pues es cierto que así como de los buenos se levantan los espíritus a cosas buenas y seguir los ejemplos de los santos, así también leyendo los profanos se incitan los deseos a cosas ilícitas y perniciosas y mucho con mayor fuerza a estas que son de relajación de espíritu, que a las de la virtud, por estar la naturaleza ya más hecha a la soltura y largueza de la malicia que no a las cosas buenas que pide la razón; como dijo Dios de los hombres, antes de el Diluvio,[1] tomándolo por uno de los principales fundamentos para destruir el mundo, por estar más inclinado al mal que al bien; y siendo esto así, lo cierto es también que con más facilidad tomarán las cosas malas, torpes, deshonestas y ociosas, que se escriben en los libros profanos, que las buenas que se escriben en los honestos y santos. Y volviendo a nuestro don Juan, digo que porque no se tuviese a liviandad su mudanza, perseverando en su propósito, dejó el hábito y ropa de señor que traía y buscando sayal grosero se vistió de él pobremente, y como por Dios se desnudó de sus ropas y se revistió de Dios, obró en él lo que tan dificultoso se le hizo a nuestros españoles, que fue hacer libres muchos esclavos que tenía, y predicóles y enseñóles la ley de Dios y atrájolos, cuanto pudo, a la guarda de sus santos mandamientos y rogóles que como buenos cristianos se amasen unos a otros. Díjoles también que se dolía, siendo él pecador, de haberlos tenido por esclavos, siendo todos comprados y libertados por

[1] Genes. 6 et 7.